

¿DÓNDE ESTÁ EL MERIDIANO? GUILLERMO DE TORRE Y AGUSTÍ CALVET «GAZIEL»: UN DIÁLOGO FRUSTRADO

Antoni Martí Monterde

Universitat de Barcelona

Cita recomendada || MARTÍ MONTERDE, Antoni (2014): "¿Dónde está el Meridiano? Guillermo de Torre y Agustí Calvet «Gaziel»: un diálogo frustrado" [artículo en línea], 452°F. *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 11, 43-63, [Fecha de consulta: dd/mm/aa], <http://www.452f.com/pdf/numero11/11_452f-mono-antoni-marti-monterde-orgnl.pdf>

Ilustración || Beatriz Simón

Artículo || Encargado | Publicado: 07/2014

Licencia || Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Resumen || El día 15 de abril de 1927 se desató, en las páginas de *La Gaceta Literaria*, una de las polémicas culturales más importantes del siglo XX en el contexto iberoamericano con la publicación del manifiesto «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica». La importancia de aquella polémica para las literaturas americanas ha sido frecuentemente estudiada, pero nunca se ha prestado demasiada atención a interpretar la recepción del manifiesto de Guillermo de Torre por parte de las diferentes literaturas ibéricas. El presente artículo recupera la intervención de uno de los principales escritores catalanes, Agustí Calvet «Gaziel», que da la medida de hasta qué punto aquella polémica afectaba también a la literatura catalana.

Palabras clave || Guillermo de Torre | Agustí Calvet «Gaziel» | Polémica del «Meridiano intelectual» | Iberismo cultural | Capitales culturales | Literatura catalana.

Abstract || On April 15, 1927 the publication of the manifest “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica” in *La Gaceta Literaria* triggered one of the most significant cultural controversies to affect the Ibero-American context in the 20th century. While the importance of this controversy for Latin American literature has been frequently studied, the interpretation of the reception of Guillermo de Torre’s manifest in the different Iberian literatures have not been similarly considered to date. This article recovers the intervention of one of the main Catalan writers, Agustí Calvet “Gaziel”, to account for the extent to which the said controversy also affected Catalan literature.

Keywords || Guillermo de Torre | Agustí Calvet “Gaziel” | Controversy over “Meridiano intelectual” | Cultural Iberism | Cultural capitals.

El día 15 de abril de 1927 se desató, con la publicación del manifiesto «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica» en las páginas de *La Gaceta Literaria*, una de las polémicas culturales más importantes del siglo XX en el contexto iberoamericano. De hecho, este editorial, publicado de manera anónima, redactado por Guillermo de Torre —autoría que él mismo reconoció más tarde sin ambages—, impulsado por Ernesto Giménez Caballero e inspirado por José Ortega y Gasset, constituye el punto de partida de un debate de dimensión transatlántica que, además de plantear la cuestión de la hegemonía simbólica en el ámbito de la lengua española, implicaba no pocos matices de alcance europeo.

Las reacciones americanas a aquel manifiesto han sido profusamente documentadas (Alemany Bay, 1998) y comentadas (Pérez Barchino, 1996; Manzoni, 1996; Falcón, 2010). Como es lógico, fue el horizonte atlántico el que inmediatamente se incendió con respuestas contundentes, más o menos brillantes, pero siempre conscientes de estar ante el epílogo de una situación propia del pasado, que no podían aceptar como presente y mucho menos como futuro de las letras americanas en lengua española: por ello, esta polémica debe entenderse en el conjunto de los debates propiciados también por Jorge Luis Borges con «El idioma de los argentinos» (1927), la polémica acerca de la lengua de los argentinos a raíz de los postulados de Américo Castro y Amado Alonso, o los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) de Pedro Henríquez Ureña. Incluso se puede leer «El escritor argentino y la tradición» (1951), del mismo Borges, como una respuesta diferida y, quizá, con voluntad de ser definitiva a la cuestión planteada en 1927 por quien todavía no era su cuñado, Guillermo de Torre, pero estaba a punto de serlo.

Sin embargo, las respuestas y comentarios en aquella polémica procedentes del resto de la Península Ibérica todavía no han sido ni suficientemente documentados, ni considerados en sus múltiples implicaciones, especialmente en cuanto al lugar de las diversas lenguas y literaturas. Esto resulta especialmente evidente desde la perspectiva catalana, desde la cual se aprecian ciertos detalles de aquella polémica habitualmente desatendidos; sin embargo, basta recordar las primeras palabras de aquel editorial para constatar que no pueden ser obviados:

Al mismo tiempo que en el «Diálogo de las lenguas» va precisándose nuestro criterio, con referencia a Cataluña y a las demás lenguas peninsulares, interesa especialmente a *La Gaceta Literaria* fijar y delimitar su actitud respecto al ángulo específicamente americano de nuestro objetivo triangular. (s.f. [Torre], 1927: 1)

El —entonces— anónimo editorialista se refería al hecho de que la revista —que tenía como subcabecera *Ibérica, americana, internacional*— pretendía publicar artículos en las diversas lenguas

de ese múltiple ámbito, castellano, catalán, gallego y portugués, incluso vasco, cosa que efectivamente se hizo. En el caso catalán, por ejemplo, en el primer número ya se publicó un artículo de August Pi i Sunyer (firmado A. Pi Suñer), «Scientistes o científics?», y en el caso portugués, en la misma página apareció «A esperança Lusíada e la fraternidade ibérica», de João de Castro Osório. Más aún: a partir del número 49, de enero de 1929, la revista contó con una sección fija, «Gaceta catalana», que dedicaba un espacio específico a artículos de los colaboradores catalanes, valencianos y baleares (Mosquera, 1996). Sin embargo, esta iniciativa tampoco estuvo exenta de polémica. En marzo de 1927, en el editorial titulado «El diálogo de las lenguas», incluso se discutía con Francesc Trabal acerca de la publicación de textos en catalán. Ciertamente, la desconfianza del *Grup de Sabadell* respecto a este diálogo tenía como trasfondo más bien el papel, disimulado, pero no oculto, de Francesc Cambó, así como no pocas prevenciones ideológicas en un momento de ascenso del fascismo en Italia que Giménez Caballero, entre otros, pretendía también en España¹. En lo que respecta estrictamente a la Península Ibérica, este era el contexto en el que se presentaba el manifiesto y comenzaba la polémica.

Y por ello, es especialmente necesario comentar la reacción que, desde Cataluña, suscitó esta *petite querelle*, una reacción que ilumina aquel debate con una luz diferente. Esto es así por un triple motivo: nacional, cosmopolita e ibérico.

1. De Rusiñol a Casanova

Entre los argumentos principales del manifiesto se reaccionaba contra la postulación de París como a capital de la *latinité*, y se planteaba, de manera imperativa —«¡Basta ya, por tanto, de ese latinismo ambiguo y exclusivista! ¡Basta ya de tolerar pasivamente esa merma de nuestro prestigio, esa desviación constante de los intereses intelectuales hispanoamericanos hacia Francia!» (s.f. [Torre], 1927: 1)— que debía ponerse freno a esta influencia que, aunque en el plano étnico —el término lo utiliza Guillermo de Torre— pudiese incluir a España, en realidad en la preponderancia cultural la excluía. En consecuencia, la llamada del madrileño es:

Frente a los excesos y errores del latinismo, frente al monopolio galo, frente a la gran imantación que ejerce París cerca de los intelectuales hispanoparlantes tratemos de polarizar su atención, reafirmando la valía de España y el nuevo estado de espíritu que aquí empieza a cristalizar en un hispanoamericanismo extraoficial y eficaz. Frente a la imantación desviada de París, señalemos en nuestra geografía espiritual a Madrid como el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España. (s.f. [Torre], 1927: 1)

NOTAS

1 | Cabe recordar que *La Gaceta Literaria* se publicaba en plena dictadura de Primo de Rivera, cuyas acciones contra la diversidad cultural en España eran más que contundentes, lo cual contrasta con las iniciativas de Giménez Caballero al respecto, al menos en aquel momento, como la exposición del libro catalán en Madrid, el mismo año 1927, o la visita de escritores castellanos a Cataluña, en 1930, actividades de las que se deriva la publicación del libro *Cataluña ante España*. Por otro lado, debe tenerse en cuenta el testimonio de Francesc Cambó respecto a todas estas iniciativas: «No hay que decir que tanto la exposición como la revista fueron protegidos por mí, y, en gran parte, dirigidas por Estelrich». (Cambó, *Memorias*, trad. cast. de H. Cambó, Madrid, Alianza, 1987, p. 375) De la misma manera, es necesario no obviar la evolución del pensamiento de Giménez Caballero respecto a Cataluña, ya en los últimos números de *La Gaceta Literaria*, en *Trabalenguas sobre España* (1931), y, sobre todo, en *Amor a Cataluña* (c1942) entre otros múltiples textos y declaraciones que obligan a reconsiderar la franqueza de tales iniciativas.

No puede pasar inadvertido que esta imantación parisina tiene también su explicación en lo que respecta a la literatura catalana y la definición de literatura y de contemporaneidad desde finales del siglo XIX. Años atrás, algunos autores por entonces centrales de la literatura española, como Juan Valera, habían censurado el cosmopolitismo de los escritores americanos, como Rubén Darío; pero también el de los catalanes, especialmente su tendencia a situarse en línea con la modernidad de Montmartre, un internacionalismo tachado de desarraigado e incluso típicamente judío, primero por Valera y, posteriormente, por Pío Baroja (Martí Monterde, 2014). Estas acusaciones, tanto a los escritores americanos como a los catalanes, no por exacerbadas o salidas de tono resultaban completamente erróneas, sino que eran el resultado de una diferencia en la temporalidad artística que el mismo Darío ya había sabido percibir en *España contemporánea*.

De hecho, unos años antes —poco después de la fijación del meridiano de Greenwich—, en sus crónicas desde el *Moulin de la Galette*, publicadas en 1890 en *La Vanguardia*, Santiago Rusiñol ya advertía que:

El molino no solo es el centinela del barrio, sino el centinela del mundo. Por él pasa el meridiano. Por su cúspide atraviesa ese meridiano de París, que consultan a todas horas del día los geógrafos de la tierra, y a todas horas de la noche los astrónomos que estudian otros mundos. (Rusiñol, 1894: 10)

La descripción de las callejuelas de Montmartre, con las ventanas abiertas al mismo tiempo hacia la calle y hacia el interior de los talleres, le permite entrever cómo se escapa o se consigue la gloria artística cada día en el trabajo de estos «obreros del arte». Tras aquel primer paseo, entre el cansancio y el entusiasmo, al cronista le cuesta conciliar el sueño: «Quizás debido a esto no pudimos pegar los ojos, o quizás tuvo la culpa... ¡váyase a saber!... la influencia del meridiano que pasa y pesa sobre nosotros» (Rusiñol, 1894: 13).

Por tanto, no era necesario esperar a que Pascale Casanova determinase que la modernidad, en aquel entonces, se regía por lo que sucediese en el eje del 2°20'14.025". Tampoco resulta, así pues, la de Guillermo de Torre la primera meditación sobre esta manera de entender la dominación simbólica en términos geoculturales. De hecho, la utilización de la metáfora del meridiano se había convertido casi en un tópico a raíz de los debates geográficos de 1884 —la polémica entre Greenwich o París— que se prolongan hasta 1914. Santiago Rusiñol no hace sino recoger ese debate en su proyección cultural, algo que se volvió recurrente en muchos otros autores.

Pero, más allá del lugar común, este alineamiento de Barcelona con París es la base a partir de la cual todo lo que sucede con

posterioridad en la cultura catalana tiene una relación mucho más estrecha con la literatura francesa que con la española, aunque el debate intelectual, especialmente político, haya que establecerse con los escritores españoles, en tanto que litigio ineludible y determinante —pero no dominante—. Esta presencia de la cuestión nacional en los debates prácticamente no afecta a la constitución de la tradición literaria contemporánea en Cataluña, tanto en catalán como en castellano, en diálogo contante con las letras francesas.

Mientras tanto, la preocupación de Guillermo de Torre por la postulación de París como capital de la latinidad acaba concretándose en una propuesta:

¿Qué vale más, qué prefieren los jóvenes espíritus de Hispanoamérica?
¿Ser absorbidos bajo el hechizo de una fácil captación francesa, que llega hasta anular y neutralizar sus mejores virtudes nativas, dejándoles al margen de la auténtica vida nacional, o sentirse identificados con la atmósfera vital de España, que no rebaja y anula su personalidad, sino que más bien la exalta y potencia en sus mejores expresiones? (s.f. [Torre], 1927:1)

Puede afirmarse que la opción, en el caso de las letras catalanas, había sido claramente escogida muchos años antes, entre otros factores no menos determinantes, por la incomparecencia de la alternativa hispánica en el terreno de la modernidad europea.

En el caso americano, las implicaciones de tal propuesta, que parten del olvido de las evidencias demográficas, políticas, económicas y culturales que habían hecho de Buenos Aires una alternativa seria a las grandes ciudades europeas, o incluso norteamericanas, como posible capital del siglo XX. En el caso catalán, parte del rechazo a una situación de absoluta falta de preeminencia en lo que, desde el nacionalismo español liberal, se considera un único espacio literario y político, absolutamente macizo y coherente. Aquel manifiesto afirmaba que

nosotros siempre hemos tendido a considerar el área intelectual americana como una prolongación del área española. Y esto, no por un propósito anexionista reprobable, sino por el deseo de borrar fronteras, de no establecer distingos, de agrupar bajo un mismo común denominador de consideración idéntica toda la producción intelectual en la misma lengua; por el deseo de anular diferencias valoradoras, juzgando con el mismo espíritu personas y obras de aquende y allende el Atlántico. (s.f. [Torre], 1927: 1)

La cuestión que, en aquel momento, los autodenominados «nietos del 98» no podían aceptar es que, al hablar de las obras de un lado y otro del Atlántico, ya no se tratase de la misma literatura. Por tanto, el cosmopolitismo de Guillermo de Torre tiene parecidos límites conceptuales con el cosmopolitismo finisecular francés, aunque,

evidentemente, partan de situaciones y propósitos diferentes, y de definiciones casi contrarias de lo que se espera del pensamiento liberal, de sólida tradición en Francia, a diferencia de España, donde finalmente naufragará. En ambos casos, pero sobre todo en el español, no dudan a entrar en contradicción consigo mismos los autores que, como de Torre, esbozan una aparente neutralidad para el cosmopolitismo, una especie de espacio omnicomprensivo que acogería por igual todos los individuos, lenguas y tradiciones; pero en el momento en que esa neutralidad se aplica a la propia perspectiva, desaparece como tal, puesto que no se está dispuesto a renunciar un ápice a la propia centralidad en ese espacio internacional cuyas claves interpretativas se muestran eminentemente nacionales — hasta el punto de negar la internacionalidad misma de la cuestión—.

Vista así, la polémica del meridiano, y la manera de plantearlo por parte de Guillermo de Torre, no deja de ser una manifestación de las pugnas literarias por lo que Pascale Casanova denominó meridiano de Greenwich literario en su *République Mondiale des Lettres*. No hay casi ninguna diferencia entre el postulado «París, ciudad literatura» de Casanova y el «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica» de Guillermo de Torre. En ambos casos se atribuye al meridiano la modernidad, la temporalidad estética que ha de marcar el resto del espacio literario internacional; en ambos casos, esa condición es sólo aparentemente estética, y su fundamento político les hace caer en notables contradicciones que, sin embargo, no hacen sino confirmar la hipótesis de partida implícita: la realidad de la disputa literaria por el poder simbólico internacional para, en realidad, gestionar las consecuencias de ese dominio cultural más que la cultura o la literatura en sí, pero con continuas apelaciones a un cosmopolitismo a ultranza que, a través de figuras como Valery Larbaud, da por sobreentendido lo que no son sino tópicos repetidos hasta la saciedad que, si bien en los años veinte podían resultar una aportación interesante, a finales del siglo XX ya no permiten más que confirmar en la capacidad normativa de los malentendidos históricamente consolidados como referencia ya convertida en clásica.

Ambos —Guillermo de Torre en 1927 y Pascale Casanova en 1999— pretenden establecer y defender un criterio para establecer una capital de capitales, un meridiano en el cual el sistema de ciudades literarias se administre en función del capital simbólico acumulado en otro tiempo, transmitido y, sobre todo, postulado como argumento evidente e incuestionable ante cualquier otra posibilidad de organización geoliteraria del presente; se trata, así pues, de la identidad de un tiempo literario absoluto convertido en referencia ineludible y teleológica de la internacionalidad literaria. Para la autora francesa:

De igual manera que la línea *ficticia*, denominada también «meridiano de origen», elegida arbitrariamente para la determinación de las longitudes, contribuye a organizar el mundo *real* y posibilita la medida de las distancias y la evaluación de las posiciones en la superficie del globo, así también lo que podríamos llamar el «meridiano de Greenwich literario» permite calcular la distancia hasta el centro de todos los que pertenecen al espacio literario. La distancia estética se mide, asimismo, en términos temporales: el meridiano de origen instituye el presente, es decir, es el orden de la creación literaria, la modernidad. (Casanova, 1999[2001]: 122-123)

Resulta muy evidente que el juego con el espacio y el tiempo de Casanova parte de una mixtificación que sitúa en Du Bellay el origen todavía irradiante de la centralidad parisina dentro de la literatura europea, primero, y luego occidental, dando por sobreentendida la francesa, lo cual no es tan obvio al menos hasta el triunfo jacobino postrevolucionario. No es que esto no fuese así, en otro tiempo; pero nada dura eternamente, y los esfuerzos para que sea así, en el caso de Casanova, pueden parecer una cuestión de inercia, mientras que en caso de Torre, más bien intentan parecer un impulso, que se convierte en un pulso sobre la centralidad y el dominio simbólico, pero también efectivo, de todo un espacio literario. Tanto para Casanova como para de Torre, cualquier alternativa resulta una aberración, un desvío deformador de la legitimación literaria que indefectiblemente queda sancionada por el filtro de sus respectivas propuestas. En este sentido, tanto la literatura francesa como, sobre todo, la española, muestran dos maneras de ser *literaturas combativas*, en un sentido diferente al que la misma Casanova (2011) apunta al reflexionar sobre la internacional de los nacionalismos literarios —en un marco de desigualdades estructurales y dominación simbólica—, entre los cuales cabría contar, evidentemente, ambas.

Pero, a diferencia del planteamiento de Casanova, en la preocupación por la centralidad de París por parte del español hay, de soslayo, una preocupación más importante por la de Madrid en el espacio literario de lengua española. Así, en el caso de Torre,

si nuestra idea prevalece, si al terminar con el dañino latinismo, hacemos a Madrid meridiano de Hispanoamérica y atraemos hacia España intereses legítimos que nos corresponden, hoy desviados, habremos dado un paso definitivo para hacer real y positivo el leal acercamiento de Hispanoamérica, de sus hombres y de sus libros. (s.f. [Torre], 1927: 1)

Lo más curioso es que ese impulso de Torre, planteado en términos tan semejantes a los de Casanova, precisamente niega la mayor de las hipótesis de la estudiosa francesa: el propósito del madrileño no es otro que olvidar y hacer olvidar París —ciudad, sin embargo, sin la cual no se entiende su propia evolución estética—. Pero sobre todo, se trata de evitar que surjan nuevas capitales culturales —especialmente en lengua castellana— alternativas a la capital de

España. Acercamiento, en este punto, significa indiferenciación. En este sentido, el manifiesto de Torre es la proyección sobre el continente americano de las necesidades nacionales expuestas en *España invertebrada*, más que de las reflexiones sobre el cosmopolitismo o la alternativa americana a la crisis del espíritu.

Por ello no es de extrañar que el segundo manifiesto de la polémica del Meridiano, igualmente sin firma pero en este caso seguramente debido a Giménez Caballero, además de reaccionar de manera muy dura contra las respuestas que comenzaban a publicarse por parte de algunos círculos literarios americanos, los descalifica como intelectuales y los reduce a participantes en una verbena —nótese el madrileñismo implícito—, la verbena del meridiano, en que todos participarían unidos por el rasgo más ibérico: la pasión. Se apela, así pues, al «enorme lazo de unión que significa una lucha. Cuerpo a cuerpo» (s.f., 1927: 1). Así pues, lo que pretendía ser un debate se transforma en lo que subyacía en su fondo: un combate.

En esta situación de literatura combativa y en combate, resulta evidente que en el pensamiento de Torre hay una definición monológica, uniforme, casi étnica, de lo que es la esencia de la literatura española, la relación que puede establecerse con España desde América, pero no solamente desde América —pese a las diferencias que Rubén Darío ya había puesto de manifiesto en 1899, y que nadie podía obviar en aquel debate—. Lo cual, tácitamente, resulta excluyente de las diversas literaturas que, en principio, *La Gaceta Literaria* pretendía acoger, pero también de las diversas concepciones de la literatura en lengua española que, necesariamente, debían borrarse. El combate es con un otro que no se reconoce como tal.

2. Perspectiva desde Cataluña: Agustí Calvet Gaziel

En este sentido, se comprende que las opiniones llegadas desde Cataluña sobre la polémica del Meridiano sean tan escasas como importantes. No pensamos en este punto, desde luego, en la única intervención de un escritor catalán en las páginas de *La Gaceta Literaria*, puesto que este papel es reservado a Josep Maria de Sucre, que en una especie respuesta coral, publicada el 1 de septiembre de 1927 y encabezada por Giménez Caballero y Guillermo de Torre, añadía su voz a una especie de opinión colectiva en que figuraban también Ramón Gómez de la Serna, Benjamín Jarnés, Gerardo Diego, Ángel Sánchez Rivero, Melchor Fernández Almagro, Antonio Espina, Enrique Lafuente, Gabriel García Maroto, César M. Arconada, Francisco Ayala, Esteban Salazar y Chapela. Sucre no hace sino una pequeña postilla indiferenciada, de tono

mediocre y poco argumentada; aunque hay que reconocer que la manera de comenzar su nota: «¿Conque bueyes cometas, amigos de Martín Fierro? ¿Cuándo peninsulares y transatlánticos habíamos espontáneamente convenido mostrarnos y ser *maruchos* ante el enemigo común, que es la beoacia analfabeta y mostrenca?» siempre será preferible al *incipit* de Arconada: «Están revueltos lo aborígenes»². No. Ciertamente, no es en las páginas del *La Gaceta Literaria* donde deben buscarse respuestas divergentes —catalanas o no— a la que marcasen Giménez Caballero y Guillermo de Torre. Toda la polémica, en lo que respecta a sus páginas, se mantiene en el tono panfletario.

Por un lado, en Cataluña se entiende que se trata una cuestión que afecta, estrictamente a la literatura española, y que es una polémica en que la semejanza de la posición argentina con la catalana no resulta suficiente para ver en ello un motivo de intervención directa. Pero, desde una perspectiva ibérica —o, más bien, iberista— esa intervención desde Cataluña resulta un imperativo. Este factor es el que hace que intervenga Agustí Calvet.

La dimensión específicamente ibérica de la polémica —recuérdese la alusión al diálogo de las lenguas entre las lenguas peninsulares— tiene en *Gaziel*, brillante periodista en castellano, un firme partidario del iberismo. Ya en los años cincuenta será el autor de una *Trilogía ibérica*, y el conjunto de su obra constituye el más importante legado iberista después de la muerte de Joan Maragall. Pero Calvet entiende por iberismo algo bastante diferente a lo que concibe Giménez Caballero —y/u Ortega y Gasset—, especialmente en lo que respecta a Castilla. Así mismo, *Gaziel*, que también había vivido en su juventud en la ciudad que en sus memorias califica de «aquel Madrid tibetano», también es uno de aquellos autores que había sido, en todos los sentidos, *Un estudiante en París*, y que mejor representa esa imantación cultural parisina y esa distancia cultural respecto a la capital de España, hacia la cual, sin embargo, extiende no pocas veces sus brazos, sin por ello renunciar a la dimensión francesa de su formación literaria. *Gaziel* representa, así pues, un segundo momento del triángulo trazado por Darío entre Barcelona, París y Madrid; triángulo regenerador en el cual la capital catalana no puede ser reducida a lo meramente equilátero sin falsear la realidad histórica y cultural. *Gaziel*, que en los años veinte se convierte en colaborador habitual de la prensa madrileña, siempre tiene en cuenta esta doble distancia.

Otro detalle, aparentemente menor pero significativo, es la circunstancia de que la participación de *Gaziel* no se hace en *La Gaceta Literaria* —de la cual no fue colaborador habitual, aunque sí que llegó a publicar en sus páginas algún texto importante, concretamente «Autobiografía de un pseudónimo»— sino en las

NOTAS

2 | Opiniones recogidas por la revista bajo el título «Campeonato para un meridiano intelectual», *La Gaceta Literaria* 17, 1 de septiembre de 1927,

páginas de *El Sol*, el periódico de los Urgoiti y Ortega, que incluso pudo llegar a dirigir en los años treinta. Concretamente en 1934, ya sin Ortega y Gasset al frente, que había abandonado el proyecto como resultado de las discrepancias internas en el seno del socialismo y del liberalismo españoles. Las cosas habían cambiado tanto que, por entonces, *El Sol* era propiedad de un grupo de empresarios y políticos catalanes, vinculados a Esquerra Republicana de Catalunya (González i Vilalta, 2006). En 1927 *Gaziel* consideraba que sus columnas «a pesar de ser tan estrechas, resultan, espiritualmente, las más amplias de España» (*Gaziel*, 1927b: 1). Y el futuro autor de la *Trilogía ibèrica* no dudaba en explicar que «la principal razón de mi presencia aquí, es la de decir cosas que no pueden verse desde Madrid mismo. Pero cosas que a veces chocan, no han de ser forzosamente malas, ni mucho menos malintencionadas» (*Gaziel*, 1927b: 1). De hecho, ese desencaje, que caracteriza la recepción de *Gaziel* no solamente en Madrid sino, en ocasiones, también en la misma Barcelona le acompañará toda su trayectoria.

La intervención de *Gaziel* en las páginas del *El Sol* se produce con dos artículos publicados a finales de verano de 1927. Por entonces la extensión de la mirada de *Gaziel* hacia América no era nueva, aunque tampoco frecuente, tanto en sus artículos de *El Sol* como de *La Vanguardia*, que por aquel entonces dirigía. Por otro lado, cabe destacar que en *El Sol* también se publicaron otras intervenciones poco o nada conocidas en este debate, como por ejemplo la de Luis Araquistáin, que desde hacía algunos años había impulsado otro debate sobre la cuestión hispano-americana que quedó eclipsado por la polémica del Meridiano, pero que sería igualmente necesario revisar a fondo.

*

El primero de los artículos de *Gaziel*, publicado el 31 de agosto de 1927 bajo el título «Singular o plural. Los meridianos de Hispanoamérica», ya recoge los ecos de la polémica, pareciéndole comprensible la irritación sentida en América y, especialmente en el grupo de la revista *Martín Fierro*, reacción sobre la cual *El Sol* había publicado unos días antes una nota informativa que *Gaziel* toma como punto de partida de su reflexión. Ante la durísima reacción argentina, se pregunta: «¿Dónde está la causa? Esto es lo único esencial. Si el hombre se halla fuera de sí, ¿qué lo sacó de sus casillas?» (*Gaziel*, 1927a: 1). La tensión suscitada, a *Gaziel* le parece saludable porque demuestra que la cuestión de lo que haya de ser Hispanoamérica no deja indiferente, aun a riesgo de convertirse en un tema que hay que tratar con auténtica conciencia de su complejidad. Esa complejidad se muestra, precisamente, en la perspectiva:

La Gaceta Literaria, que como todos sabemos se publica en Madrid,

lanzó a los cuatro vientos, con su juvenil desembarazo, el siguiente apotegma: «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica» ¡Y ya estuvo prendida la mecha! Porque si en la puerta del Sol y hasta en toda la inmensidad de las anchas Castillas y sus tierras de inmediato dominio espiritual, esa sentencia parece la cosa más clara y natural del mundo, en otras partes, no ya del vastísimo sistema hispanoamericano, sino de España misma, produce un efecto equívoco e inquietante, generador de una irreprimible reacción, cuyas vibraciones pueden ir desde la benévola sonrisa de tolerancia hasta el estallido de furiosa protesta. (*Gaziel*, 1927a: 1)

El articulista catalán estima que entre la susceptibilidad de unos y la inconsciencia de los otros había acabado por estallar un conflicto en el que los americanos —señala al grupo de *Martín Fierro* como un auténtico polvorín— mostraban, en la fuerza de su respuesta, su debilidad, de forma parecida a como los madrileños, en sus ilusiones de grandeza, la tendencia española a empequeñecer todo lo que sea América, incluso todo lo que sea la esfera —hispanoamericana o mundial— empequeñeciéndose a sí misma a la vez precisamente por el contraste con la exagerada grandeza proclamada. Piénsese, por ejemplo, en la revista *Mundial*, donde César Vallejo publica a partir de 1925 muchas de sus crónicas desde Europa, sobre todo desde París, para darse cuenta de que la anterior revista en que Guillermo de Torre había ejercido de Secretario de redacción, *Cosmópolis*, no era una excepción en lengua española. La operación propuesta por *La Gaceta Literaria*, en muchos aspectos, significaba un paso atrás para el conjunto de los debates sobre el lugar de la literatura en lengua española en el amplio contexto de la forma que la *Weltliteratur* tenía en los años veinte.

De hecho, *Gaziel* señala un doble empequeñecimiento derivado de la perspectiva; y en este punto, reconduce geográficamente la cuestión:

Lo de menos es la manera como, ante la afirmación de que Madrid sea el meridiano intelectual de Hispanoamérica, ha reaccionado Buenos Aires, o una parte de Buenos Aires. Lo saludable es advertir que si se ofreciese la ocasión reaccionarían lo mismo (no en la forma ni en el fondo, sino en sentido de franca disconformidad), no solamente una parte de Montevideo, Santiago de Chile, Méjico, Bogotá, Caracas y Ríojaneiro, sino también Lisboa, Barcelona, Santiago de Galicia y Bilbao. Asignar a Madrid exclusivamente la función de meridiano intelectual de toda Hispanoamérica o Iberoamérica, una de dos: o es exagerar muchísimo la importancia, indudable o muy grande, que el meridiano de Madrid ha de tener en el conjunto de una armoniosa esfera, o es empequeñecer más todavía la grandeza de ésta. (*Gaziel*, 1927a: 1)

Para *Gaziel*, el unitarismo del manifiesto de Torre, que considera un «apotegma», pero al fin y al cabo «famoso e inofensivo», resultaba muy poco adecuado a una realidad que el tiempo ya ha clarificado:

Un sistema de cultura hispano o iberoamericano, en el cual Madrid

ejerciese, de una manera absorbente y exclusiva, el papel de meridiano único, se parecería demasiado al sistema político imperial, centralista y absolutista, que tuvo su cabeza en Madrid, para que pudiese aspirar nunca a ser una verdadera representación global de la cultura de Hispano o Iberoamérica. Esto aparte de que semejantes absorciones, en el orden intelectual, son tan vanas si las proclama el propio interesado como inútiles cuando se intentan por Real Decreto. París, por ejemplo, no ha aspirado a hacer pasar oficialmente por su cerebro y por su corazón el meridiano de los pueblos hispanoamericanos. Y, sin embargo, si hoy hubiésemos de designar, a pesar nuestro, el que rige el horario intelectual y sentimental; si a ellos mismos les preguntamos cuál es, de hecho el que regula sus días, ¿qué habríamos de confesar, qué nos contestarían?... Estas cosas han de hacerse, mejor que decirse. (*Gaziel*, 1927a: 1)

Como puede apreciarse, los argumentos del periodista catalán no solamente no se alinean con la propuesta de *La Gaceta Literaria*, aunque tampoco se sumen a los de *Martín Fierro*, sino que abren otro frente para esta; y, en todo caso, dan por cerrada una época de la historia española y de las posibilidades intelectuales del ámbito hispanohablante, cuyo signo futuro no puede ser sino la pluralidad.

O Hispanoamérica no será nunca nada, o cuando esa inmensa esfera espiritual esté montada sobre una base sólida como un diamante, no sobre papel nada más, o en las nubes, como ahora, [...] no tendrá un meridiano, sino varios, como la Tierra misma, que regularán sobre ella el diverso y admirable juego de las luces y las sombras, con sus cambiantes matices. Tienen razón los argentinos en decir que uno de esos meridianos es Buenos Aires. También los portugueses podrían añadir que hay otro en Lisboa, y los catalanes que el suyo es Barcelona. No sabemos todavía si podremos acordarlos todos en el futuro. Pero lo indudable es que cuanto de ello se aparte es pasado, irremediablemente ido para siempre jamás. (*Gaziel*, 1927a: 1)

Pero esto solamente sucedería si en España los principales agentes del campo literario, intelectual, político y académico eran capaces de asumir que nunca más volvería a ser lo que había sido, y que cualquier prerrogativa que se plantease a América en este sentido conducía necesariamente a un callejón sin salida lleno de espejos convexos y cóncavos.

Finalmente, *Gaziel*, aun dando prioridad a la hermandad en que la prioridad debería ser llenar de contenido el espacio que surcan todos los meridianos posibles, realiza una pregunta clave: «De esos meridianos, ¿cuál será el más brillante y famoso?» (*Gaziel*, 1927b: 1). Esta pregunta, referida a Hispano o Iberoamérica, tiene una dimensión; pero referida a la Península Ibérica, tiene muchas más implicaciones. ¿Caben, en España, dos meridianos intelectuales en lengua española?

*

Algo de esto debió entrever Ricardo Baeza, que firma uno de los siguientes artículos de la polémica —el día 3 de septiembre, también en *El Sol*— porque desvía explícitamente las geografías de la reflexión, aunque sólo sea por un momento, para hacer unos subrayados profundamente marcados en aquella página de unos días antes, concretamente en la enumeración de *Gaziel*. Se trata del artículo «¿Con Martín Fierro o con Don Quijote?», en que el principal traductor de la revista *Prometeo* —que había nacido en 1890 en Cuba pero que desarrolla toda su trayectoria en Madrid— afirma, retomando las palabras de Agustí Calvet:

«una parte de Montevideo, Santiago de Chile, Méjico, Ríojaneiro, etc., (esto es, el resto de la América latina), sino también Lisboa, Barcelona, Santiago de Galicia y Bilbao» [...] no se advierten claramente las razones de disconformidad que podrían asistir a Santiago de Galicia y Bilbao, que seguramente no incluyen en su ideario regionalista la separación del resto de España en punto a disciplinas intelectuales, y la superioridad de la literatura gallega y éuscara, respectivamente, sobre la castellana. Probablemente, convendría limitar esa reacción de disconformidad a Barcelona, y quizá no fuera de exagerada suspicacia atribuir la implícita protesta del inteligente cronista a la condición de catalanidad. (Baeza, 1927: 1)

Esta reacción de Ricardo Baeza muestra claramente las asimetrías de percepción, en la Península Ibérica, de las propias posibilidades. El articulista no solamente considera que esta es la primera cuestión a comentar en su intervención en la polémica, sino que de hecho es el único aspecto de esta en que es muestra inflexible: en España no hay debate posible sobre meridianos o paralelos. El hecho de que Barcelona pueda postularse como meridiano intelectual —también en lengua castellana— constituye para Calvet una evidencia; para Baeza, casi una provocación.

Mucho menos inteligente que los redactores de las respuestas publicadas en *La Gaceta Literaria*, Baeza no se pierde en matices en cuanto a lo que sea América y los americanos:

Ellos serían los primeros en rechazar indignados el supuesto de su descendencia de aquellos pobres indios degenerados que constituirían la raza aborigen. «Autóctonos, puede ser; italianos, también; franceses, siempre; españoles, nunca!» reclaman en un arrebatado de hispanofobia. Pero, ¡qué se le va a hacer! Autóctonos, es precisamente lo que no pueden ser; si muchos son italianos, y franceses unos pocos, la mayoría, quiéranlo o no, españoles de sangre son (y hasta españolísimos en esto de hablar mal de la propia casta) y españoles seguirán siéndolo. (Baeza, 1927: 1)

Por un lado, en su comentario de las respuestas del grupo de *Martín Fierro*, puede apreciarse una especie de determinismo nacional pre-renaniano, en el que la voluntad política, expresada en el plebiscito cotidiano que es toda nación moderna, nada puede contra la sangre.

Por otro lado, sorprende que reduzca la percepción de los escritores americanos de ser *franceses* a la demografía de los movimientos migratorios —poco significativos en este caso—, puesto que se trata, precisamente, de una afirmación de filiación cultural, resultado del plebiscito diario que cada escritor realiza consigo mismo ante las posibilidades expresivas y creativas de su tiempo. Y finalmente, cabe señalar el hecho colonial, que no se da por cerrado, sino que se tiende a situar en el centro de la definición de Hispanoamérica como sinónimo de una España imperial sin necesidad de ser refrendada.

Por eso, la respuesta de *Gaziel*, publicada el 13 de septiembre bajo el título «Imperio o confederación», resulta un claro desenmascaramiento de la idea de Imperio que subyace en todo el argumentario de *La Gaceta Literaria* y su círculo, y contiene una sugerencia alternativa, una solución, a corto, medio e incluso largo plazo, para unos conflictos que entonces se mostraban difícilmente conllevables, a uno y otro lado del Atlántico. La reflexión sobre la idea de imperialismo resultaría por tanto mucho más adecuada en una situación como la que el planteamiento de la polémica del Meridiano sugería, o, más bien, imponía; pero, evidentemente, con matices:

Si yo sostengo, por ejemplo, que a mi juicio la actuación imperial de Castilla ha terminado para siempre, tanto política como culturalmente, no es porque crea que a Castilla no le queda otro porvenir que su entierro, sino todo lo contrario: porque, a mi ver, los que van camino directo de entregarla son aquellos que se empeñan en perpetuar de Castilla una modalidad caduca, impidiendo que su inmortal espíritu, dejando de estar encadenado a un pretérito que no volverá nunca, se adapte a las realidades presentes y se lance rejuvenecido hacia el porvenir. Nunca más Castilla podrá volver a ser, respecto de la España y de la Hispanoamérica futuras, lo que fue para las pasadas. [...] La acción imperial de Castilla, tanto dentro de España como de Hispanoamérica, ha terminado. Pero su acción confederada, la inmensa energía que es capaz de desarrollar en ese sentido nuevo y positivo, todavía está intacta. (*Gaziel*, 1927b: 1)

No puede pasar inadvertido el hecho de que *Gaziel* interpreta las tesis del Meridiano en una doble clave —española, hispanoamericana—. Ya lo había hecho, claramente, en el primero de los artículos, aunque sin hacerlo demasiado explícito. La reacción de Baeza le obliga a clarificar hasta qué punto esa doble clave resulta imprescindible. Al fin y al cabo, se trata de una respuesta tácita a los planteamientos de Ortega sobre la necesidad no solamente de una Castilla fuerte, sino de aceptar su papel como única perspectiva organizadora intelectualmente de España. No se trata, simplemente, de pensar que *Gaziel* pueda plantear una alternativa a la idea de que si Castilla ha hecho España, y también la ha deshecho, Castilla deba rehacerla. *Gaziel* ni siquiera plantea esto, sino que intenta que Castilla encuentre un nuevo camino en el cual no sea necesario referirse a un pasado brillante —pero inerte— para emprender el

camino de la regeneración.

Gaziel, ampurdanés pero igualmente en la órbita de Cambó, más preocupado por los separadores que por los separatistas, identifica claramente este binomio en la polémica del Meridiano:

Tanto Martín Fierro como Don Quijote, en el fondo, aunque por modos distintos, son dos solemnes separatistas. Si el primero puso en práctica el separatismo, fue el segundo quien lo engendró previamente. (*Gaziel*, 1927b: 1)

Entre Martín Fierro y Don Quijote, lo que Baeza plantea, es, según el parecer de Calvet, un «falso dilema» que dilucida de la siguiente manera:

¡Ni con uno, ni con otro! Si Martín Fierro peca de localismo, Don Quijote peca de intolerancia. El primero está demasiado sujeto a la pampa; pero el segundo está incapacitado para reconocer que en el mundo hay otras Dulcineas, y, por lo tanto, otros amores tan santos como el suyo propio. A Hispanoamérica no le conviene ningún símbolo que descarte, con su sola presencia, los símbolos complementarios. Los Estados Unidos de América no pusieron en su bandera una sola estrella enorme que absorbiese todas las luces del firmamento federado, sino una multitud de estrellitas distintas y diáfanas. (*Gaziel*, 1927b: 1)

Pero debe tenerse muy en cuenta el término *Imperio* no resulta, en este punto, anacrónico, o casual; mas bien al contrario. El circuito imperial de Giménez Caballero no es el referente inmediato de *Gaziel* en este punto, que cuenta previamente con la idea de Imperialismo que Eugeni d'Ors había puesto en circulación en los inicios del *Noucentisme*. Sin embargo, en estos momentos, las ideas surgidas del pensamiento de *Xènius* han sido desarrolladas por el intervencionismo directo de Francesc Cambó en la política española, que en aquellos años está redactando *Per la concòrdia*, libro que finalmente se editará en 1930 tanto en catalán como en castellano, y que será centro de la reflexión de Giménez Caballero respecto a Cataluña. De hecho, como ha señalado Ucelay da Cal (2003: 828-871), todas las iniciativas de Giménez Caballero en los años de la Dictadura de Primo de Rivera pueden considerarse un aparatoso preparativo para la aparición de esta propuesta de Cambó, aunque sus consecuencias se desviasen tanto de las presumiblemente previstas por su impulsor. Por otro lado, en la perspectiva de Giménez Caballero, la idea de Imperio tiene mucho más que ver con la mirada hacia Roma, donde se encuentra el modelo fascista que, en buena medida, hace comprensible el vanguardismo de *Gecé*, y también, la evolución del propio Ors, y que culmina en la publicación de *El Imperio de España*, en 1936, libro publicado anónimamente y reeditado en 1941 —en versión ampliada con unas conferencias pronunciadas... en Barcelona— ya firmado por su autor, Antonio Tovar. Lógico: porque todas estas consideraciones no se realizaban en el vacío,

como un detalle excepcional, sino que, como ha documentado y comentado profusamente Joan Ramon Resina, forman parte de una auténtica estrategia académica y política destinada a capitalizar la extensión geográfica y demográfica de la lengua española, descrita con una impostada jerga de universalidad, en favor de una posición hegemónica postcolonial y de una expectativa por parte del franquismo, en los años cuarenta y cincuenta, de aducir esta potencia lingüística y cultural como capital simbólico acumulado con el cual presentarse como mediadora o, al menos, hacer acto de presencia, entre las potencias occidentales de la postguerra europea y de la guerra fría: publicaciones, congresos, debates, trabajos filológicos e históricos fuertemente dotados por el gobierno franquista, en muchos casos dotados de una actitud ecuménica potenciada por el liberalismo católico, consolidan esa acumulación simbólica que, además, permita recuperar parte del dominio perdido en 1898, en tanto que «el Hispanismo surgió en el siglo XIX junto a las filologías nacionales como una estrategia de compensación de la colosal pérdida de los territorios de América» (Resina, 2009: 205). La autopercepción como nietos del 98 no es ninguna *boutade*.

Consciente de que ambas definiciones, o percepciones, de la idea de Imperio —la orsiana y la gacetista— compartían muchas cosas pero estaban separadas por algunas que las hacían inconciliables, Agustí Calvet busca una tercera vía —que, en parte, significa la continuación de la alternativa orsiana de principios de siglo, más que sus desarrollos ulteriores—:

No es como imperio —y en este punto radicó el involuntario error de *La Gaceta Literaria*— como Castilla ha de considerar en adelante, a mi juicio, la admirable y diversa extensión intelectual de Hispanoamérica, en la que deben siempre incluirse, porque son partes suyas espirituales, Portugal y Brasil. No es como imperio, sino como confederación. Confederación imperial, si se quiere, pero cuyo imperialismo no consiste en la sumisión del todo a la voluntad de una parte, sino en la de cada una de las partes, por importantes que sean, a la armonía del todo. (*Gaziel*, 1927b: 1)

Ante el falso dilema, *Gaziel* se inclina por la solución confederal, en términos ibéricos y en términos hispanoamericanos.

*

Y, de hecho, esta apuesta federal caracterizará la mayoría de las intervenciones en la polémica —o consideraciones sobre la polémica, más bien— aparecidas en los medios catalanes. En *La Vanguardia* —codirigida por *Gaziel*— aparece el día 6 de septiembre «La disputa del Meridiano», artículo de *Andrenio*, en que se apoya parcialmente el mismo *Gaziel*, y en el que Eduardo Gómez Baquero señala que «el hispanismo tiende a constituir un cuerpo moral, una confederación

espiritual entre los pueblos de habla hispana. (Una confederación política, en el estado actual, es quimérica)» (*Andrenio*, 1927: 3). Por su parte, en *Repertorio Americano*, la revista que Joaquín García Monge publicaba en San José (Costa Rica), Josep Pijoan publicó el 18 de febrero de 1928 una breve nota en que consideraba, ya dándola por cerrada, que «esta discusión del meridiano ha sido ridícula». Y, explicitando los argumentos intrapeninsulares, añadía que «Madrid no es meridiano para Barcelona, ni para Lisboa, ni casi para Sevilla». A la vista de la evolución plural de los acontecimientos, Pijoan —por entonces profesor en California— señala que

la juventud de América tiene hoy la dicha de vivir en una época de renovación. Hay tiempos en que no hay nada que hacer. Pero casi cada tres generaciones hay que dar un salto. Y claro, es arriesgado. Un salto hacia el porvenir [...]. Y el mañana, si no del 1950, por lo menos el de 2000, es Federación de todas las naciones de América. (Pijoan, 1928: 99)

Quizá precisamente porque el dilema no era tan falso, en su momento Guillermo de Torre no hizo ningún acuse de recibo de la solución propuesta desde el catalanismo moderado —muy moderado, de hecho, aunque a Ricardo Baeza, entre otros, no se lo parezca— y desplazado —Agustí Calvet en Madrid; Josep Pijoan en América—, ni de la heterodoxia de *Andrenio*, —igualmente desplazado a las páginas del principal rotativo barcelonés—. Ninguna de estas propuestas tuvo el más mínimo eco en sus argumentos, en su momento.

3. Epílogo en los años 50

A la vista de los acontecimientos posteriores, toda esta insistencia catalana en la idea federal o confederal, no tendría demasiada importancia si no fuese porque, situados ya en el horizonte previsto por Pijoan, en los años cincuenta, un Guillermo de Torre —también desplazado definitivamente a América— aprovecha para actualizar sus argumentos de 1927, incorporando este mismo matiz político importante a su propuesta de literatura hispanoamericana: «quizá la única vía posible no sea otra que la de una Hispanoamérica federal», afirma categóricamente. Lo hace en un libro breve pero importante, *Claves de literatura hispanoamericana*, que a su vez era el desarrollo de la conferencia que Torre había pronunciado en el segundo congreso internacional de la Association Internationale de Littérature Comparée / International Comparative Literature Association, celebrado el año 1958 en Chapel Hill (University of North Carolina), bajo el significativo título de «Diálogo de literaturas». En este momento, como antes en su lectura de *España invertebrada*, ese diálogo se plantea como un correctivo de lo que considera

«secesionismo insular», en relación con esta posible federación americana, y siguiendo a Salvador de Madariaga, añade: «Si en otros órdenes tal supuesto parecerá —hasta el mismo momento en que se realice— una utopía, en el plano intelectual tal federación es lo único que puede quebrar distancias e ignorancias, favorecer conocimientos y aproximaciones» (1959b: 53). En este punto, que ya había sido anunciado, siguiendo a Wladimir Weidlé, en clave más kantiana respecto a las literaturas europeas en relación con la *Weltliteratur* (Torre, 1949); Torre, sin embargo, no muestra más que una parte de lo que implica este federalismo literario.

Guillermo de Torre no registra la voz de *Gaziel* en los antecedentes de su propuesta federal a lo largo de todo el libro, ya que el *secesionismo* catalán es uno de los elementos que, habiendo sido fundamentales en la concepción de *España invertebrada*, ahora no parece pertinente seguir teniéndolo sobre la mesa. Al menos esto es lo que se desprende nítidamente de la página que dedica a la cuestión en su libro sobre Menéndez Pelayo, donde se confirma que Torre se desentiende absolutamente de un tema que, sin embargo, la alusión tácita a Ortega delata en su importancia: «En España todo está dividido. Desde las regiones hasta los estamentos profesionales. El particularismo local rebasa el área permisible de los fueros políticos y adquiere violencias suicidas» (Torre, 1943: 87), pero cuando parecería que Torre quiere repensar el capítulo tercero de la primera parte de *España invertebrada*, en nota al pie de página se limita a aducir, como toda ilustración de lo que denomina el «suicida espíritu separatista» (Torre, 1943: 87n), meramente el caso del cantonalismo de Jumilla (Murcia). Ciertamente, los problemas de invertebración detectados por Ortega y Gasset resultaban, en este punto, bastante más ajustados a la realidad, y el reduccionismo paródico de Torre sirve de más bien poco.

Borrada toda diversidad interna en España, incluso donde podría haber encontrado algún aliado, como *Gaziel*, Guillermo de Torre se concentra en la articulación de la diversidad extrapeninsular, obviando nuevamente —entre otros— al mismo Agustí Calvet, y continúa sustentando toda su argumentación en un contraste entre la especificidad de las literaturas americanas, que vincula al «escisionismo regional», a la dimensión local, nacional, incluso indigenista. Guillermo de Torre no se desprende en ningún momento de la dimensión política de su crítica literaria, por mucho que quiera desvincularla de lo que denomina politicismo. Tanto en la polémica del meridiano como en sus postulados comparatistas para Hispanoamérica, Guillermo de Torre nunca deja de tener una perspectiva profundamente marcada por la prioridad de lo español sobre lo americano, partiendo de una difícil universalidad previa, y haciendo solamente algunas concesiones, como mínimo interesadas, como la propuesta federativa, que no diluye ni un ápice

su teoría del meridiano y sus supremacías implícitas, promulgadas como tales supremacías, no como dominio simbólico tácito.

Lejos de ser un crítico supranacional o postnacional, como se ha llegado a presentar su figura, cabría pensar que Torre es «sobreespañol» como Miguel de Unamuno —a cuyo monólogo dedicó Torre páginas iluminadoras— apuntaba hacia el «sobrecastellano» (Torre, 1958: 10), detalle que Torre comenta profusamente en lo que respecta a la unidad de la lengua, y que inspira una parte importante de su idea de unidad de las literaturas hispanoamericanas sujetas a un centro ordenador de la cultura hispánica ubicado en la Península, aunque no tenga mas remedio que asumir su propio cambio de punto de vista (geográfico), «el lugar desde donde imaginamos el encuentro [...] no es ningún espacio interplanetario; tiene una demarcación concreta y se halla situado en una ciudad de América del Sur, en Buenos Aires» (1959: 87). Como en el caso del federalismo, el reconocimiento a Buenos Aires suena a tardío, artificial, forzado por evidencias largamente arrastradas y negadas, que se aceptan cuando ya es demasiado tarde, y solo como una forma, en el fondo resignada, pero todavía altiva, de tener la última palabra. O, dicho de otra manera: tenía mucha razón Giménez Caballero cuando llama a Guillermo de Torre «Menéndez Pelayo del Vanguardismo» (Giménez Caballero, 1981: 68), pero quizá no solamente se estuviese refiriendo a su vasta erudición. Ciertamente, para este viaje, no hacían falta estas carabelas: el Manzanares no es navegable.

Bibliografía

- ALEMANY BAY, C. (1998): *La polémica de meridiano intelectual de hispanoamérica (1927) estudio y textos*, Alicante: Universitat d'Alacant.
- BARCHINO PÉREZ, M. (1993): «La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica», *Tema y variaciones de literatura*, 2, 93-115.
- DOMÍNGUEZ, C. (2012): «Literatura mundial en/desde el castellano», *Ínsula*, 787-788, julio-agosto, 2-6.
- CASANOVA, P. (2001 [1999]): *La República mundial de las Letras*, Zulaika, J. (trad. cast.), Barcelona: Anagrama. [*La République mondiale des Lettres*, París: Seuil, 1999.]
- CASANOVA, P. (2011): «La Guerre de l'ancienneté» en Casanova, P. (dir.): *Des littératures combattives. L'international des nationalismes littéraires*, París: Raisons d'Agir.
- CAMBO, F. (1987): *Memorias*, Cambó, H. (trad. cast.), Madrid: Alianza.
- FALCÓN, A. (2010): «El idioma de los libros: antecedentes y poyecciones de la polémica "Madrid, meridiano 'editorial' de Hispanoamérica"», *Iberoamericana*, X, n. 37, 39-58.
- GIMÉNEZ CABALLERO, E. (1981): *Memorias de un dictador*, Barcelona: Planeta.
- GONZÁLEZ BOIXO, J. C. (1988): «El meridiano intelectual de Hispanoamérica»: polémica suscitada en 1927 por la *Gaceta Literaria*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n. 459, 166-171.
- GONZÁLEZ I VILALTA, A. (2006): «"Gaziel" y *El Sol*, un proyecto periodístico imposible (diciembre 1934-enero 1935)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 28, 243-253.
- LLANAS, M. (1998): «*Gaziel*». *Vida, periodisme i literatura*, Barcelona: PAM.
- MARTÍ MONTERDE, A. (2014): «Rubén Darío y la Cataluña contemporánea», *Iberorromania*, 80, (en prensa).
- MANZONI, C. (1996): «La polémica del meridiano intelectual», *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*, año 4, n. 7, 121-132.
- MOSQUERA, R. (1996): «Presència catalana en "La Gaceta Literaria" (1927-1932)», *Randa*, 38, 43-98.
- RÓDENAS DE MOYA, D. (2013): «Guillermo de Torre o la ética de la crítica literaria» en Torre, G. de, *De la aventura al orden*, Ródenas de Moya, R. (selecc. y prólogo), Madrid: Fundación Banco de Santander, IX-LXXII.
- RESINA, J. R. (2009): *Del Hispanismo a los estudios ibéricos*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- SELVA, E. (2000): *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia: Pre-Textos.
- UCELAY-DA CAL, E. (2003): *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó y la conquista moral de España*, Barcelona: Edhasa.
- ZULETA, E. de (1962): *Guillermo de Torre*, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- ZULETA, E. de (1989): «El autoexilio de Guillermo de Torre», *Cuadernos hispanoamericanos*, n. 473-474, 121-134.
- ZULETA, E. de (1999): *Españoles en la Argentina. El exilio literario de 1936*, Buenos Aires: Atril.